

La Luna, eterna brillante figura

Las noches ya no son para los lobos,
ahora impera la luz artificial
que de frías bombillas emana cuál palabras burlonas de loros,
azules, grises y amarillas, da igual.

Nada superará al intenso fulgor
de aquella que siempre ha estado presente,
testigo de miles de historias, conocedora de miles de gentes,
madre de todos, veladora y faro en la noche,
la Luna, eterna brillante figura.

Huyo de los focos lumínicos
que hacen que mi alma se azogue,
porque me niego a claudicar ante la realidad
de que el petulante invento de Edison
opaca a la modesta postrada en el firmamento.

Quiero huir de lo inexorable,
de las calles marchitas,
que la Luna no acaricia,
porque un ejército de torres lumínicas
impiden el paso de su conquista.
Quiero huir de las luces asépticas de significado,
de un pasado, de un motivo, de un algo.

Vengo a esta llanura, alejada de la lacónica ciudad,
huyendo de escasas palabras que me causan animosidad,
anhelando la elocuencia que tan sólo ella tiene,
la madre de todos, veladora y faro en la noche,
la Luna, eterna brillante figura.

Su belleza, casi vampírica,
capaz de hacer enloquecer incluso al más cuerdo,
posee una mirada onírica,
excelsa y a su vez siniestra.
Una mirada que te habla y te arrebola,
te obnubila y te distrae, te hipnotiza y te besa.

Me vuelvo y un cenador vislumbro,
rodeado de flores y hierba fresca,
en piedra y mármol está erigido,
y en su interior albergándola a ella,
la madre de todos, veladora y faro en la noche,
la Luna, eterna brillante figura.

Estaba triste, me dijo, pues su papel era secundario.
Nadie reclamaba sus albinos rayos,
eso era cosa del pasado.
El blanco y negro suena a pretérito,
no está acorde con el sin freno de lo moderno.

Un estado de clímax envaró todo mi ser.
Aunque sollozara, la Luna intensa luz y belleza aún brindaba.
Descansé mis párpados y lágrimas surcaron mis mejillas también,
para acabar chocando contra el manto nívico y verde,
que sinceras gotas de rocío ofrecía como llanto.

La sentí en mi interior,
limpiando cada recoveco con su dolor,
un dolor de quien está condenado
a no ser más que un recuerdo evanescente,
pues cuando abrí los ojos,
una sórdida oscuridad imperaba en la hierba verde.

Ahora tan sólo se ve el tenue reflejo
de las ominosas luces que alumbran la ciudad.
Calles y callejuelas, plazas y placetas, casas y casetas,
todas animadas con rayos de probeta,
cubiertos por cristales que no sabrán a beso,
pero sí a verdugo de satélites de queso.

Una suave brisa me abrazó,
llevándose el blanco del manto y de mi yo,
y yéndose en busca de su dueña,
quien nunca más sería madre de todos,
veladora y faro en la noche,
la Luna, eterna brillante figura
que murmuró un perdón por dejarnos sin color,
que se fue a otro lugar a probar fortuna
cuando supo que aquí ya no hacía falta ninguna.